

Cómo se resquebraja la vida

¿A dónde vas?

TIM KEPPEL

Alfaguara, Bogotá, 2015, 235 págs.

ENCONTRAR UN buen cuentista no es sencillo. Los lectores somos exigentes y comparamos, sopesamos, incluso podemos llegar a tener poco tacto al encontrar defectos donde no hay. A un cuento le exigimos brevedad, algunas veces; impacto, sorpresa, otras; originalidad, también. Pero, claro, el maestro en este arte sabe que, antes que nada, debe escribir con libertad, muchas veces desdeñando teorías, decálogos y consejos de sus ilustres antecesores.

Tim Keppel tiene claro lo que, en su momento, le dijo Chéjov en una carta a su editor, Aleksey Suvorin: los mejores escritores “retratan la vida como es”. Así lo expresó Keppel en la Revista Cronopio, en 2010: “Me gusta la clase de cuento que involucra a personajes de carne y hueso, con quienes me puedo identificar a medida que avanzan a tientas por la vida”. Por ello son atractivas las historias de su libro *¿A dónde vas?*, publicado por Alfaguara en 2015.

Llama también la atención el manejo de la ironía en este libro. Aparte entonces de que el buen cuentista es difícil de hallar en un pajar, es más complejo aún que te haga reír. El escritor que maneja la ironía cree en un lector inteligente, capaz de desenrañar el sarcasmo en la vida misma. En un artículo para *El Espectador*, Keppel afirmó: “Mis cuentos tienden a tener cierta ironía porque así es como veo el mundo, como un poco absurdo, e intentar encontrarle sentido puede ser gracioso y triste”.

Además de manejar bien la ironía en *¿A dónde vas?*, el autor norteamericano radicado en Cali desde 1995 retrata lo descarnado de la vida. Personajes divorciados, solitarios, con vidas anodinas, buscando el amor en el metro de Filadelfia, en un bar de Cali, amores muchas veces conflictivos, adolescentes y adultos enfrentados a las reyertas cotidianas, al alcohol, a los desencuentros.

Uno de los mejores cuentos es “Consentimiento implícito”. En esta historia, a Trey lo captura la policía

conduciendo ebrio. Lo obliga a asistir a una clase. El narrador omnisciente está constantemente burlándose de Trey, dejándolo en ridículo, aunque Keppel hace algo inteligente y que debe primar en el acto creativo: no juzga. Solo muestra a su personaje; deja que los lectores juzguen. En la clase, encuentra sujetos variopintos. Todos tuvieron algún tipo de problema con las autoridades mientras conducían; unos, más absurdo que otros.

El primer día, la profesora les explica las multas que tendrán en caso de llegar a faltar a alguna sesión. Les advierte que escogieron ese curso en vez de ir a la cárcel. Explica luego

–La intención no es castigar –dijo la profesora con tono punitivo– Se supone que será una experiencia de aprendizaje. Estoy segura de que todos prefieren esto a la cárcel.

–Yo quiero la cárcel –dijo el de la gorra CAT [pág. 41].

El tono burlesco de todo el cuento es evidente, divertido. Cada uno pasa luego a explicar cómo lo terminó cogiendo la policía. Aquí salen historias del talante de esta: “–Eso no es nada –dijo George. Yo ni siquiera manejaba. Estaba sentado en el carro tratando de dormir la borrachera y el hijueputa me acusó por tener ‘la intención de manejar’” [pág. 51].

Trey trabaja en una librería y tiene una novia, Joy Vaughn. Siempre ha tenido novias amigas del alcohol. De hecho, se pregunta el personaje, “¿cómo era posible pasar un viernes por la noche completamente sobrio, un sábado, toda la semana?” [pág. 43]. Él, como muchos de los personajes del libro, es un hombre desarraigado de la vida, al que no le atrae el éxito. Así lo dice el narrador:

a él le gustaba el ir y venir de la gente que tomaba los trenes (...) la ilusión de que la vida de todos los demás era tan inestable como la suya, lo que aliviaba en parte su angustia de ser un librero de treinta y tres años (...) Él no quería ser convencional. Era demasiado bueno para ser convencional [pág. 46].

Lo que se destaca en “Consentimiento implícito” es lo que encontramos en la mayoría de cuentos de *¿A dónde vas?*: humor, conflicto, relacio-

nes de pareja, soledad, exclusión.

El libro tiene una estructura específica, pues está dividido en capítulos llamados “Norte” y “Sur”, en explícita referencia geográfica a que suceden en el norte, Estados Unidos, de donde es oriundo Keppel, y en el sur del continente, es decir, Colombia. Son 15 cuentos en total, algunos de ellos aparecidos con antelación en publicaciones como *El Malpensante* y *Revista Universidad de Antioquia*. Cuentos de su primer libro *Alerta de terremoto*, publicado por Alfaguara en 2006, aparecieron igualmente en *El Malpensante* (“Lazos”, “Paternidad”, “Vecinos”, entre otros) y en la revista *Odradek* (“Última oportunidad”).

En “Comején”, cuento que inaugura la primera sección “Sur”, los protagonistas son John y Sandra. Él quiere tener un hijo porque ya está sobre los cincuenta, pero ella se niega. Viven en un apartamento donde el comején comienza a carcomer todo. La necesidad de un hijo vuelve cada día la relación más tensa y esto repercute en el genio de John. Es una obsesión que le amarga la vida y termina por separarlo de su mujer. Al quedarse solo, John descuida su casa:

Había tanto que hacer para poner las cosas en orden que no tenía voluntad para comenzar. Además del comején, había clósets que no se habían limpiado en años, cortinas sin lavar, paredes descascaradas, tuberías oxidadas, baldosas rotas, múltiples signos de abandono y negligencia [pág. 79].

El cuento tiene un punto de inflexión, de quiebre, necesario y benéfico para evitar finales faltos de ingenio.

Hay algunos cuentos no tan afortunados. “Renovación urbana” es el que inaugura el libro. Aunque la temática es acerca de un hombre al que se le desbarata el matrimonio, el narrador (segunda persona) no es el correcto. Ya desde “Alerta de terremoto”, Keppel venía manejando la tercera persona –y la primera–, narradores que domina y en los que las historias tienen una fuerza inusitada. Son creíbles y honestas. Olvidemos que los libros de cuento deban tener algún tipo de unidad; hablo solo desde la voz que narra, y, ya conociendo sus cuentos anteriores, sé que maneja perfectamente estas voces

CUENTO		RESEÑAS
<p>como para experimentar con otras.</p> <p>“Vida después” es otro desacierto. El problema radica en que comienza planteando una historia –un hombre que conoce una chica en un club nocturno y su posterior romance–, pero al final no sabe qué hacer con ella, cómo darle un quiebre, cómo planear un desenlace. En este cuento, el autor no sugiere siquiera un final. Y no estoy hablando en contra de los finales abiertos, hablo de la habilidad para cerrar un trabajo que se inició con certeza. Hay una gran dificultad para realizar esta tarea, por eso los finales precisos son tan atractivos para algunos escritores. Ricardo Piglia, por ejemplo, habla del caso específico de Borges en <i>Los diarios de Emilio Renzi</i>. Años de formación:</p> <p>Me doy cuenta de que Borges ha sido siempre un cuentista clásico, sus finales son cerrados, explican todo con claridad; la sensación de extrañeza no está en la forma –siempre clara y nítida– ni en los finales ordenados y precisos, sino en la increíble densidad y heterogeneidad del material narrativo.</p> <p>En “El cómplice”, siento que el autor pudo hacer un esfuerzo mayor para terminar una historia que se plantea desde un inicio interesante. Una pareja de esposos, Mario y Natalia, se ven asaltados por tres hombres en su casa. Uno de los ladrones, un joven que al parecer actúa presionado y que en el fondo a Mario le parece un buen chico, es quien termina con su computadora, donde guarda él toda la información importante, incluidas fotos y videos con su amante. La tensión inicial está planteada: que su mujer descubra la infidelidad si el ladrón difunde todo ese material. Luego el problema es darle empleo al chico, quien le pide ayuda para salir del mundo del crimen. El final, como digo, es flojo, no está a la altura de las expectativas generadas.</p> <p>A Tim Keppel no le interesa el factor sorpresa en su narrativa. De hecho, los cuentos son extensos; priman los detalles y no escatima en describir escenarios. Hay economía de palabras, costumbre afín a la tradición norteamericana, y no se solaza en asuntos ajenos a las historias, estas fluyen sin contratiempos. El escritor sabe que tiene delante algo para explotar y lo</p>	<p>hace sin prisas.</p> <p>Destaca una descripción que hace porque creo que Keppel es un agudo observador. Varios de sus cuentos son hábilmente ambientados y esto es una virtud que no todo cuentista tiene. En “Renovación urbana”, anota:</p> <p>Observa la ciudad al atardecer. Arco iris de gasolina, empaques de crack de colores dulces, esquirlas de vidrio que brillan como diamantes. Trozos de papel como oropeles en árboles. Una ráfaga de viento levanta una bolsa de plástico y la hace volar como cometa. Una pareja de ancianos en sillas plegables está de picnic debajo del puente [pág. 24].</p> <p>Otros cuentos que vale la pena destacar son: “Vida secreta”, “Ardor”, “La Cima” y “Día del padre”. En el primero se habla de Diego, un chico que escapó adolescente de Cali porque tuvo un incidente con una estudiante suya. A sus dieciocho años consigue trabajo como profesor de inglés en casas particulares. Conoce a Natalia, una joven rubia bastante atractiva, con quien termina teniendo sexo (¿forzado?). El narrador deja entrever que pudo haber sido algo forzado, incluso Diego siente que fue el mayor error de su vida. En este cuento se narra algo muy atractivo: las ilusiones perdidas. Él se marchará a Bogotá y buscará nuevos aires con otras chicas. Pero, paralelamente, siempre estará pensando en Natalia, aquella alumna que lo enamoró. Vive una vida imaginaria a su lado, es el único remedio que tienen los personajes que eligieron el error en su existencia.</p> <p>Los hombres en los cuentos de Tim Keppel tratan de encontrar retazos de amor, pero todo se diluye en el tiempo. Son profesores, como en “Ardor”, que se enamoran de una estudiante. Se aferran a las chicas tanto que terminan poseídos por obsesiones enfermizas y celos. De los mejores finales, destaco el de “Ardor”: un final abierto, desesperanzador, con cierta picardía.</p> <p>Difícil abarcar todos los cuentos de <i>¿A dónde vas?</i> en este espacio. Pero no quiero terminar sin reseñar “La Cima”, porque tiene ingredientes que obsesionan a Keppel y me parecen particularmente atractivos en la literatura: los personajes venidos a menos, los excluidos, los parias. La</p>	<p>Cima es una discoteca de Cali donde se reúnen personajes que “habían soñado de jóvenes con ser alguien y ahora, ya cincuentones, seguían soñando” [pág. 202]. Doug, el protagonista, está rodeado de personas que conocieron al desaparecido Andrés Caicedo; de violinistas, músicos, artesanos y una inmensa variedad de personas que dejó el tren de la suerte o que, como el escritor, optaron por quitarse la vida.</p> <p>No tiene tensión el cuento, pero envuelve eficazmente con las historias particulares de estos personajes. Es con ánimo voyerista como nos adentramos allí, porque sabemos que no son vidas comunes. Y, de nuevo, como al final de “Ardor”, la brillantez para rematar la historia. Finales abiertos porque la vida continúa, solo toma el autor un retazo de ese gran enredo que es el telar que se debe ir hilando fino cada año.</p> <p>Al quedar finalista del III Premio Biblioteca de Narrativa Colombiana, <i>¿A dónde vas?</i> muestra la eficacia del trabajo de este autor, profesor de la Universidad del Valle. En una entrevista a Héctor Abad Faciolince en Blu Radio, días antes de conocerse el fallo del Premio, en enero de 2016, quedó evidente que ninguno de los periodistas conocía a Tim Keppel: competía con otros más reconocidos como William Ospina y Juan Gabriel Vásquez. Ahora entonces es el momento apropiado para que los lectores exploremos su narrativa, que se mueve entre Estados Unidos y Colombia; es otra forma de aprender cuando lo hacemos bajo la lente de este escritor.</p> <p style="text-align: right;">José Ignacio Escobar</p>